

gloria, su salud y su vida—en el olvido, en el desprecio por parte de los hombres; en la prueba interior que sólo Dios sabe; en el padecimiento sin consuelo, en el cansancio sin descanso, en el trabajo sin éxito, en la caridad mal agradecida, en la paciencia no correspondida, en la vida de fe sin consuelo alguno,—y, no obstante todo esto, servir siempre á Nuestro Señor con la serenidad de la paz, la alegría del corazón, la fortaleza de un amor más poderoso que la muerte: parecer feliz y serlo en el sacrificio del amor.

He ahí el gran triunfo del amor de Jesucristo en su religioso; es la pureza del amor aquilatada en el crisol, es el verdadero amor que se consume puramente á gloria de Dios.

#### DÍA SÉPTIMO

##### PRIMERA MEDITACIÓN

##### *Pobreza.*

Para hacerse verdadero discípulo de Jesucristo y religioso del Santísimo Sacramento necesario es que comience, quien á eso aspira, por renunciar á sus bienes, reduciéndose al estado de pobre, y de pobre sujeto á interdicción, muerto civilmente, que no tiene otros haberes, fuera del pan de la limosna suministrado por la Religión; que no puede ya ni adquirir, ni poseer, ni dar cosa alguna de suyo: he ahí el pobre de Jesucristo.

Hermosa pobreza que le hace dueño de todos los

bienes del cielo: *Beati pauperes, quia vestrum est regnum Dei.*

Gloriosa pobreza que vale más que todas las diademas y toda la gloria de este mundo: *Vos autem qui reliquistis omnia et secuti estis me, centuplum accipietis, et vitam aeternam possidebitis.*

Feliz pobreza que desprendiéndonos de las inquietudes y ansiedades de esta vida y de la esclavitud del mundo, nos libra al mismo tiempo de los tan grandes y seductores peligros, de las riquezas del lujo que de ellas nace, del regalo que proporcionan, de las pérdidas lisonjas que ocasionan.

Libres nos hace la pobreza evangélica, dependientes sólo de la divina Providencia, verdaderos discípulos de Cristo, y familiares suyos.

¡Ah, sí! Pobre quiero ser como mi Señor, y como Él no tener ni una piedra en propiedad: *Filius Hominis non habet ubi caput reclinet.* Con mi Señor quiero vivir pobremente. — Come el pan de los pobres: *Panes hordaceos*; viaja como los pobres: *Jesus fatigatus ex itinere, sedebat sic supra fontem*; va á menudo á recogerse en la gruta de Gethsemani; viste como las gentes del pueblo, y padece hambre alguna vez: *Et exuriit.*

Pero ¡cuán hermosa y amable es esa pobreza de Jesús: Es la prueba resplandeciente de su amor al hombre: *Amicitia pares quaerit aut facit.* Divina aparece esta pobreza, pues es para Cristo como una esposa de la cual nunca se separó.

Pero aún hay más: hasta en su estado de gloria quiere permanecer pobre.

¡Oh! ¡Cuán pobre es Jesús en su estado sacramental! — Más pobre que en Belén: Jesús en la divina Eucaristía no tiene muchas veces manos que le lle

ven, servidores que le sirvan y defiendan. Hállase allí enteramente solo, teniendo por toda defensa su amor al hombre.

¡Cuán pobre es Jesús en la Eucaristía! Más que en Nazaret, pues tiene aquí como encadenada su libertad de movimiento.

Más pobre es aquí aún que en la cruz: allí hablaba. Si se contemplaba desamparado de su Padre, veía al menos cerca de la cruz á su buena y compasiva Madre, al discípulo amado, algunos corazones fieles.

Mas ¡ay! en el Santísimo Sacramento está pobre, desnudo, abandonado, desamparado, negado, insultado, crucificado sin testigos ni consuelos.

Pero ¿y por qué ha querido Jesús ser pobre en el Santísimo Sacramento? ¿Por qué ha querido depender de todos y recibir cuanto tiene de la caridad de los hombres?

¡Ah! El amor, el inmenso y perpetuo amor de Jesús á los hombres: tal es ahí la única causa.

Sea, pues, también la pobreza la prueba de mi amor á Jesucristo. Le probaré por ella que le amo más que á los bienes todos de este mundo, con todas sus glorias y sus dichas. — Consagrándome á la santa pobreza evangélica, glorifico su divina Providencia, me constituyo para siempre por hijo suyo, y me hago su verdadero discípulo.

¡Oh santa pobreza de mi Rey! Tú serás mi madre amada, mi gloria y mi corona; yo seré tu querido pobre; tú serás el anhelo de mi corazón.

## SEGUNDA MEDITACIÓN

*Pureza.*

Si es primera condición la pobreza para ser discípulo de Jesucristo Nuestro Señor, es la pureza la primera virtud en su santo servicio.

Menester es ser puro para servir al Dios de toda pureza, para morar en su tabernáculo y acercarse al altar de su adorabilísima persona: *Domine, quis habitabit in tabernaculo tuo, aut quis requiescet in monte sancto tuo?—Qui ingreditur sine macula, et operatur justitiam. Innocens manibus et mundo corde.* «Señor, ¿quién habitará en tu tabernáculo? ¿ó quién reposará en tu monte santo?»

Y responde el Espíritu Santo: «El que camina sin mancilla y hace obras de justicia.» Y en otro lugar, á igual pregunta: «El que tiene puras las manos y limpio el corazón.»

No nos atreveríamos á servir á un príncipe llevando sucio el traje y manchadas las manos: y Jesucristo es el Rey de los Reyes. Humillanse los ángeles ante su Majestad, no estimándose suficientemente puros para servirle; y la santa Iglesia hasta se atreve á admirar que el Verbo no haya desdenado tomar carne en las purísimas entrañas de la inmaculada Virgen: *Non horruisti Virginis uterum.*

El ver á Dios, privilegio es reservado á los limpios de corazón: *Beati mundi corde, quoniam ipsi Deum videbunt.*

Para ser el discípulo amado de Jesús requiérese la castidad: *Virgo virginem virgini commendavit.* Veamos, pues, con qué notas ha de resplandecer

la pureza en el religioso del Santísimo Sacramento.

I. Pureza de cuerpo.—Consagra por el voto perpetuo de castidad su cuerpo á Dios. En virtud del cual voto hácese su cuerpo cosa sagrada, y sus miembros los miembros de Cristo: es templo del Espíritu Santo y un tabernáculo viviente, adornado de la evangélica pureza.

Para custodiar y conservar esta hermosa virtud es preciso:

1.º Revestirse el velo de la modestia de Jesucristo, á fin de preservarse de los escándalos del mundo, de sus lazos y de sus señuelos.

2.º Custodiar los sentidos bajo el dominio de la sobriedad y sujetar su rebeldía con la mortificación de Nuestro Señor Jesucristo.

II. Pureza de corazón.—No tener afecto desordenado alguno, pues sería una especie de idolatría y de sacrilegio.—Purificar los afectos legítimos, divinizándolos en el amor supremo de Jesucristo. Amar como nos aman los ángeles y los Santos, como nos ha amado Jesucristo.

Así que cuando me persigue naturalmente el pensamiento de una persona y se hace habitual y dominante, arranquemos su disfraz inmediatamente á esa idea, que encierra un lazo, una esclavitud; el amor del prójimo no debe servirnos de centro: que ese privilegio corresponde á Dios, en quien se funda nuestra vida, nuestro movimiento y nuestro ser: *In quo vivimus, movemur et sumus.*

III. Pureza de la mente.—La imaginación no debiera representarme sino la hermosura y bondad de Jesucristo; la memoria debiera recordarme continuamente su ley y sus beneficios; mi razón conducirme á Dios; mi voluntad vivir del amor á su santa ley.—

Dios, su gloria, su reino, el triunfo de su amor en mí y en el mundo entero, debería ser el grande y único fin de mis acciones y de mi vida.

IV. Pureza en el servicio de Jesucristo.—La pureza ha de ser mi virtud capital en el servicio de la Eucaristía, pues que sólo el pecado excluye del cielo, ofende los ojos de mi Señor y excita en su Corazón viva repugnancia.—La pureza ha de ser mi vestidura nupcial ante el divino esposo.

Todas las virtudes deben venir como á sus órdenes y prestar para embellecerla sus encantos.

Debe ser como oro siete veces purificado en el crisol: *Purgatum septuplum.*

¡Oh! Sin duda que el Amo estará contento de mi servicio, si no encuentra mancha alguna. Gozoso recibirá los homenajes de mi vida, si son santos y puros.

Aceptará complacido las expresiones y los dones de mi amor, si mi corazón está libre de toda atadura, si no le presento un corazón mercenario y egoísta, antes bien procuro que el mío sea grande como su Corazón, puro como su gracia, fuerte como su amor.

Debiera ser yo como la zarza ardiente, como una azucena radiante.

#### TERCERA MEDITACIÓN

##### *Obediencia.*

Si la pobreza evangélica me trae libertad y la pureza me presta decoro, la obediencia debe hacerme grato al Señor.— Por ella me hago verdaderamente servidor y discípulo suyo. *Si quis vult post me ve-*

nire, abneget semetipsum. «Si alguno quiere venir en pos de mí, niéguese á sí mismo.»

Es la obediencia religiosa, madre de todas las virtudes: *Virtutes inserit, insertasque custodit*; implanta en nosotros las virtudes y las conserva.—De manera que para hacerme en breve tiempo un perfecto religioso, no tengo más que hacerme obediente.

La obediencia, en conformidad á lo que nos dice el Espíritu Santo, es una continua victoria contra el demonio, contra el mundo y contra nosotros mismos: *Vir obediens loquetur victorias*.

Es la virtud más meritoria, pues que es la virtud sublime de Jesucristo. *Humiliavit semetipsum factus obediens usque ad mortem, mortem autem crucis; propter quod Deus exaltavit illum et donavit illi nomen quod est super omne nomen.* «Se humilló á sí mismo, hecho obediente hasta la muerte, y muerte de cruz. Por lo cual también Dios le ensalzó, y le dió nombre que es sobre todo nombre.» Con estas palabras nos enseña admirablemente San Pablo el principio vital de la obediencia, que es la humildad; su ejercicio que á todo, hasta á la muerte, es aplicable, y también la gloria de esta virtud en Jesucristo.

Mas ¿cuáles son los caracteres de la obediencia de Jesús, mi Divino Maestro?

I. Es su obediencia humilde como su condición; toma forma de siervo, y reviste el aspecto de un hombre del pueblo: *Formam servi accipiens, et habitu inventus ut homo.*

Así que no se celebra ni se ensalza la obediencia de un sirviente; es su oficio obedecer.—Tal fué el estado de Jesús, tal debe ser el mío.—Mal de mí, si hay que alabarme para induirme á obedecer; es que no soy más que un fariseo, un sirviente soberbio.—Mal

de mí, si me enorgullezco de mi obediencia; que entonces me pondría á mí mismo como fin y ya habría recibido mi recompensa.

No ha de ser así, Dios mío, antes consideraré siempre como el mayor honor el hacerme semejante á Vos.

II. Es la obediencia de Jesús sencilla como su amor.

Obedece la voluntad de su Padre á quien respeta, adora y ama sobre todas las cosas.—No le pregunta la razón de su mandato; no quiere más que saber éste para cumplirlo con alegría: *Ecce venio... ut facerem voluntatem tuam.*

Sabe bien que todo lo que su Padre quiere es justo, sabio y bueno; sabe bien que es lo más conducente á su gloria y lo más digno de su amor.—Á ejemplo de Jesús, debo yo obedecer con la sencillez de la fe, con la pureza del amor.—¿Qué me importa una cosa si Dios no la quiere?—¿Qué son todas las buenas obras que Dios no pide entonces?—¿Qué me toca hacer en servicio del prójimo cuando Jesucristo me retiene cerca de su adorabilísima Persona, cuando quiere que me ocupe en servirle á Él mismo? ¿Qué injuria sería no estar contento al lado del Amo y preferir á Éste un esclavo! ¿Por ventura no se verifica con Él que servir es reinar?

III. Es la obediencia de Jesús completa.

1.º No exceptúa ni tiempo, ni lugar, ni forma de vida: todo está regulado y ocupado por la obediencia. *Non potest filius a se facere quidquam, nisi viderit prius Patrem facientem.* «Que no puede hacer el Hijo por sí cosa alguna, fuera de lo que viere hacer al Padre.»—Con esto es obediente hasta la muerte, y muerte de cruz.

2.º Jesucristo obedece á todos los que tienen de su Padre autoridad: *Et erat subditus illis*.—Obedecía al César, á sus verdugos; así lo quería el Padre celestial.

Porque cuanto más vil y flaco en apariencia es el encargado de mandar, tanto más perfecta es la obediencia.

3.º Jesús glorioso todavía obedece en la divina Eucaristía con obediencia humilde, sencilla y completa, y obedecerá hasta el fin del mundo, para ser perpetuamente modelo, gracia, amor y corona de la obediencia.

Soy religioso del Santísimo Sacramento, y debo, por lo tanto, parecerme á Él, honrarle, procurando copiar en mí esta regia virtud suya; honrar al Padre Celestial, buscar la salvación de las almas, santificarme por la obediencia eucarística de Jesús, mi Rey.

## DÍA OCTAVO

### PRIMERA MEDITACIÓN

#### *Vida Eucarística.*

Dijo Nuestro Señor: «Quien me come, también él vivirá por mí.» Y efectivamente, nada más justo: el criado ha de trabajar para el amo que le alimenta; el hijo para sus padres, á quienes debe la vida. Y pues á mí me alimenta Jesús en la Eucaristía, para Él debo yo vivir.

Ahora, ¿cómo debe ser en el religioso del Santísimo Sacramento esa vida consagrada á Jesús?

I. Debe este religioso referirlo todo al servicio del Santísimo Sacramento.

1.º Sus dones naturales, estudios y trabajos: todo debe referirse, como á su fin, á Jesucristo en la divina Eucaristía.—Cuando es recibido un sirviente, se ofrece con cuanto es él y con cuanto sabe.

2.º Sus ejercicios piadosos.—Ha de referir á Jesús en la divina Eucaristía los actos de todas las virtudes.—Todo en su vida debe tomar el carácter de su vocación eucarística. Todo debe honrar y glorificar á Jesucristo en su adorable Sacramento, pues que para esto sólo se hace religioso quien entra en esta Sociedad.

Hasta las virtudes mismas debe estimarlas y buscarlas sólo como medios de servir debidamente á su Señor, como condición precisa para ser un buen servidor.—Así, pues, debe poner empeño en ser humilde, casto, mortificado, recogido, lleno de caridad y mansedumbre, porque esas virtudes constituyen, digámoslo así, su uniforme de servicio, y son medios necesarios para agradar al Señor, pensando, hablando y obrando como Él.

Debe además, respecto á todas las cosas que son de aprecio en el mundo, artes, ciencias, talentos, estimarlas solamente en cuanto honran y glorifican ó pueden honrar y glorificar al divino Señor en el Santísimo Sacramento.

En los hombres debe estimar sólo el servicio que prestan ó pueden prestar á Jesús Sacramentado.

La salud y aun la misma vida sólo debe apreciarlas y sólo efectivamente las aprecia por el gran servicio y la mayor gloria del Dios de la Eucaristía.

Nada más natural y más justo que el consagrar al servicio de mi amabilísimo Señor cuanto hago y

cuanto tengo. —Sería un robo, una injusticia el que me fuese á trabajar para otro.

¡Ah! ¡Cuanto tenga y cuanto haga será todavía tan poco en comparación de lo que Jesucristo se merece, en comparación de lo que por el mundo hacen sus esclavos!

II. El religioso debe consagrarse con toda devoción á la gloria del Santísimo Sacramento. —Debe tener celo de que su amabilísimo Señor sea servido por lo menos tan bien como los Soberanos de la tierra.

¡Y con qué interés, con qué celo, con qué adhesión sirven los cortesanos á su Rey! —Si pueden distinguirse por un servicio de empeño, por un acto heroico, ¿no lo tienen á grande dicha? ¿Y no vemos la guardia velar noche y día á las puertas del palacio real, tanto que haga buen tiempo como que lo haga malo? Por cobardía tendrían el quejarse. —Y el soldado, ¿no sirve al Rey sin otro galardón que el de cumplir honrosamente su servicio? ¿No mira como un deber el exponer su vida en el campo de batalla? ¿No va hasta con entusiasmo por la gloria y el amor de su Rey?

¿Y habría de ser Jesucristo el único Rey á quien faltasen fieles servidores, guardia devota y soldados generosos? —¿Habría de ser hasta el demonio mismo mejor servido por sus esclavos que Jesucristo por sus discípulos, por sus hijos, por sus ministros?

No, no: que eso sería vergüenza para los cristianos y sería dejar en cierto modo un triunfo á la vileza del demonio.

¡Cuántos hombres se venden á la impiedad! ¡Cuántos sacrifican su salud por los placeres ó por un mínimo interés! ¡Cuántas víctimas se ha llevado el

mundo! —¡Y de eso nadie se queja! ¿Cómo, Dios mío! ¿Sólo para con Vos habrá de ser el hombre ingrato?

No, no: Vos, Señor, tendréis noche y día vuestra guardia eucarística, y esa guardia seremos nosotros.

Tendréis vuestra fiel corte, vuestros soldados, vuestros apóstoles, dispuestos y prontos á todos los sacrificios; — á servirlos, si preciso fuere, en medio de la pobreza y de todas las privaciones, en medio de los desprecios y persecuciones del mundo, del desamparo de los amigos, del sacrificio de toda libertad y todo goce natural, en la abnegación de un apostolado desconocido y con apariencias de estéril, en la donación de sí mismos y en el agotamiento diario y mas grave cada vez de las propias fuerzas y de la salud: — todo lo cual haremos y os ofreceremos como don natural de nuestro amor, queriendo vivir y morir como cirio que arde ante la divina Hostia y se apaga y no deja vestigio: porque se ha consumido enteramente á honra y gloria del divino Señor.

#### SEGUNDA MEDITACIÓN

##### *Señales de una vocación eucarística.*

¿Por qué señales podré yo conocer que soy verdaderamente llamado á la vida religiosa y eucarística? — Solamente por una: por el atractivo de la gracia.

Jesucristo dijo: «Nadie puede venir á mí si el Padre que me envió no le atrae.»

¿En qué consiste esa atracción?

I. En una moción de la gracia que con suavidad y fuerza al mismo tiempo atrae el alma hacia esa vocación especial como hacia su centro.

Esta moción es más poderosa que los sentimientos opuestos, contrarios y hasta antipáticos á ella. — Vuelve siempre á la carga, ya como una voz interior, ya como una suave reprehensión, ya como un hastío de todas las vanidades y placeres del mundo.

Es Dios, que dice al alma como en otro tiempo á Abraham: «Sal de tu tierra, y de tu parentela, y de la casa de tu padre, y ven á la tierra que te mostraré.»

O es también un gran sentimiento de devoción y amor hacia Jesucristo en el Santísimo Sacramento, que se apodera del alma, suavemente la recoge y fuertemente la atrae á su santo servicio.

Este pensamiento llega á hacerse dominante, y cuando encuentra eco y correspondencia en el alma, conviértese en móvil de su vida. — Existe, pues, el atractivo de la gracia.

He ahí la primera señal de una vocación.

II. La segunda señal es una gracia de paz. — Mientras que un alma no sigue la gracia de su vocación, está inquieta, padece, es como una persona enferma, que de todo prueba, pero nada la satisface.

Los más hermosos y agudos libros no la halagan; los profundos y elocuentes discursos no le hacen mella, y hasta las prácticas mismas de piedad la dejan como seca.

Es que el alma tiene su alimento como el cuerpo, y no encuentra su verdadero alimento sino en su atractivo de gracia. — Así por ejemplo, y para citar uno solo, Santa Teresa padeció mucho mientras que no siguió su gracia de oración.

La prueba cierta de que una persona sigue la vocación divina es cuando su alma se halla allí en paz. «He encontrado, exclama gozosa entonces, he

encontrado el lugar de mi descanso: aquí habitaré hasta la muerte. — Es la elección de mi amor.»

En ese estado de paz el alma estima y ama, con preferencia á todo lo demás, cuanto mira al servicio, al culto, á la gloria del Santísimo Sacramento. Sigue con gozo y con una santa libertad todas las reglas y prácticas del servicio eucarístico; se halla en su elemento.

III. La tercera señal del atractivo de la gracia á la vocación eucarística es el dedicar con entera devoción todo cuanto somos al servicio de la sagrada Eucaristía.

El alma verdaderamente devota se olvida más bien á sí misma por pensar en el servicio y en la gloria de Jesucristo su divino Señor. La mira de salvarse, de hacer penitencia, de adquirir las virtudes cristianas, no ocupa el primer lugar en su aspiración á la vida eucarística. De ningún modo, que eso le parecería demasiado mercenario.

Ni es tampoco la salvación de las almas el motivo determinante de la expresada aspiración; ni aun hace de ello una condición de su elección, pues eso sería dar precedencia sobre el Amo á los sirvientes.

No para hacerse más sabio, ni para llegar á ser, digámoslo así, más apóstol, sino para hacerse un adorador fiel y bueno de Jesucristo es para lo que se presenta el postulante á solicitar la gracia de ser recibido en la Congregación del Santísimo Sacramento.

Siente quien tiene esta vocación la necesidad de darse, consagrarse y dedicarse con entera devoción al servicio eucarístico de Jesucristo, sin condición ni reserva.

Tal mira asusta sin duda la naturaleza, que se espanta de esa muerte respecto á todo, de esa renuncia

completa y perpetua; estremécese á veces hasta el punto de turbar el alma y hacerla vacilar.

Pero pronto la gracia recobra la ventaja, y se despierta el amor, y vigoriza el ánimo. — El alma verdaderamente llamada y fiel á la gracia siente en sí una fuerza que no proviene de ella, y no la arredran las dificultades ni la espantan los mayores sacrificios. No ve ni quiere más que una cosa: llegar al anhelado fin. Todo lo venderá por comprar aquella preciosa margarita: la gracia de su vocación.

#### TERCERA MEDITACIÓN

##### *Gracia de vocación.*

Si grande y sublime es mi vocación, grandes son también mis deberes.

La santidad con que he de servir á Jesucristo debiera igualar á la de los ángeles, y me hallo, no obstante, falto de virtud y de méritos, lleno de miserias y de flaqueza.

¿Cómo podré ser, pues, un verdadero religioso del Santísimo Sacramento? — ¿No me valdría más quedarme en un estado menos perfecto y santificarme en la humildad de mi estado seglar? — ¿No es una temeridad esa aspiración mía?

¡Guárdeme Dios de retroceder ante la gracia que se me ofrece; de rehusar el honor que me dispensa en llamarme á su santo servicio!

¡Pues qué! ¿Habré de ser menos generoso para con Jesucristo de lo que lo he sido en otro tiempo para con el mundo ó para adquirir un bien terreno y deleznable? — ¡Qué no he hecho yo en otras ocasiones por salir adelante en mis intentos, por hacerme gra-

to! — ¡Pues qué! ¿No vale el alma más que el cuerpo, y Jesucristo más que una miserable criatura?

Otros se me han adelantado en el servicio de Jesucristo, y perseveran contentos y felices; no regatean con Jesucristo, se entregan y dan por entero. — ¿Y por qué no podré yo lo que ellos, pues que tengo las mismas gracias y los mismos medios?

Además de que todo debe resultar fácil con la sagrada Eucaristía, centro y fuente de toda gracia y de toda virtud.

¿No es este divino Manjar quien fortalece y sostiene la virginidad, quien inspira las más sublimes virtudes, y torna fuertes á los débiles y prudentes á los desavisados?

¿No es quien forma los confesores y los mártires? — ¿No es quien presta fuerzas para combatir y valor para vencer?

Y si tales efectos obra la divina Eucaristía en aquellos que la reciben solo como de paso, ¿cuál no debe ser su poder en quienes perpetuamente de la Eucaristía y con la Eucaristía viven, y sólo por la Eucaristía quieren vivir?

¡Oh! sí: con una vida eucarística se hace como imposible ofender á Dios, permanecer en pecado ante el Santísimo Sacramento, no tornarse virtuoso viviendo siempre con el Dios de todas las virtudes, no hacerse santo sirviendo al Dios de santidad. — Dime con quién andas y te diré quién eres.

Además de que Dios me dará las gracias de vocación de estado proporcionadas á la altura de mis deberes y la magnitud de mi necesidad. — Los beneficios del Rey son en primer término para los que personalmente le sirven.

Ahora bien: todo lo puedo en Aquel que me con-



forta. — Su gracia me hará suaves y ligeros los sacrificios correspondientes á mi estado. — El hábito me dará facilidad en todo, y la buena voluntad triunfará de todos los obstáculos.

Nada es imposible al amor. Y aunque no fuese más que la dicha de ser recibido en la Congregación del Santísimo Sacramento, de poder vivir en este divino Cenáculo, ¿no debieran la gratitud y el amor de tanta felicidad hacerme el más generoso y devoto entre los servidores de Jesucristo?—El amor: eso es Dios, un amor infinito; y el amor á Dios lo es todo en el hombre.

Donde reina el amor, nada es triste ni penoso: todo lo embellece, todo lo hace amable, hasta los padecimientos y el sacrificio: porque ¡es tan dulce para un corazón amante el hacer algo grande, algo agradable al Amado!—El padecer es el alma y la perfección del amor.

¡Oh! ¡Y por qué no habría de ser para mí el altar un Calvario de amor donde me inmolasen yo por entero cada día y cada momento con la divina Víctima que incesantemente se inmola por mí?

#### CONCLUSIÓN DEL RETIRO

*Primera condición de un postulante. — Entrega de sí mismo.*

Salgo de un combate rudo: el demonio, el mundo, la carne, todo se ha levantado contra mí, todo quería oponerse á mi vocación religiosa y encadenarme por siempre al siglo.

Vos habéis vencido, Dios mío; he triunfado de

todo por vuestra gracia y por la protección de mi Madre...

¿Qué os retornaré yo, Señor, por tanto beneficio? *Dirrupisti vincula mea: tibi sacrificabo hostiam laudis, et nomen Domini invocabo.* «Rompiste mis cadenas: á tí ofreceré yo un sacrificio de alabanza, é invocaré el nombre del Señor.»

Y ahora, Dios mío, ¿qué queréis que haga?—¿Por dónde debo comenzar?

He sacrificado todo: ¿qué me falta hacer aún?—Una cosa sólo: comenzar bien la vida religiosa y eucarística, porque todo depende del primer movimiento, de un buen comienzo.

I. Es, pues, preciso:

1.º Que me entregue entera y exclusivamente á Jesús, poniéndome por completo á disposición de su gracia.

2.º Que empiece desde este punto á servirle por el entero cumplimiento de la regla y según el espíritu de la Congregación del Santísimo Sacramento.

3.º En el mundo lo he dejado todo: bienes, amigos, comodidades, gloria humana; todo lo he dejado generosamente, sin pena por ello y sin condición alguna.

He hecho como los discípulos por seguir á Jesús, que á cada cual decía: «*Sequere me*»: *et relictis omnibus et patre, secuti sunt eum.*

Pero no he acabado aún; necesario es ahora que me deje á mí mismo. Jesús lo ha dicho: «Si alguno quiere venir en pos de mí, niéguese á sí mismo.»

¿En qué consiste esta abnegación evangélica?—En dejar nuestra vida individual para vivir de la vida de Jesucristo; en renunciar á nuestras ideas, á nuestros gustos, á nuestra peculiar manera, á la volun-